

2000

Jon Juaristi. *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*. Madrid: Espasa, 1997. Ganador del Premio Espasa Hoy de Ensayo 1997.

Joiane Markaida

Citas recomendadas

Markaida, Joiane (Primavera 2000) "Jon Juaristi. *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*. Madrid: Espasa, 1997. Ganador del Premio Espasa Hoy de Ensayo 1997.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 51, Article 29.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss51/29>

Jon Juaristi. *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos.* Madrid: Espasa, 1997. Ganador del Premio Espasa Hoy de Ensayo 1997.

Amparándose en su condición de ex-etarra y disidente, Jon Juaristi, catedrático de Filología en la Universidad del País Vasco, condena a los nacionalistas vascos, por haber inventado un nacionalismo incongruente como preludio a un estado vasco. Observa que desde sus orígenes, el nacionalismo vasco ha sido irracional, intransigente, y excluyente, por lo que se ha convertido en un nacionalismo peligroso para la democracia española. Como ejemplos menciona la discriminación que sufren los inmigrantes y los no nacionalistas quienes se han convertido en el blanco de ETA (la organización terrorista) en la última década. Fundamenta sus argumentos en sus experiencias y memorias como joven nacionalista y antiguo integrante de ETA, así como conversaciones, entrevistas y artículos. Juaristi se propone establecer la historia alternativa a la institucional, y cuestiona la creación del arquetipo de nacionalismo vasco. Para ello analiza el papel de determinados nacionalistas y subraya las erróneas y disparatadas ideas con las que han creado y elaborado el nacionalismo.

La lectura manifiesta un proyecto ambicioso: desacreditar el nacionalismo vasco y su objetivo de un País Vasco independiente. Sin embargo, el ensayista es selectivo con los nacionalistas a quienes incluye, e intencionadamente omite o minimiza el papel representativo ejercido por otros nacionalistas quizás porque defienden posturas moderadas. Más aún, a pesar de aspirar a formular una historia documentada y objetiva, sus sentimientos e impresiones permean el estudio.

La lectura es una apología por los no nacionalistas que pagan inmerecidamente por la melancolía que sienten los nacionalistas. En su ensayo de nueve páginas, manteniendo una línea cronológica, Juaristi analiza, los orígenes del nacionalismo vasco desde los años 1800 hasta el presente. Como tema unificador examina el papel utilitario atribuido a la literatura para asistir a la expansión y consolidación del nacionalismo.

Juaristi parte del marco teórico psicoanalítico para analizar la trayectoria del nacionalismo vasco, y cómo éste ha logrado asentarse en el plano

político nacional subordinando disciplinas como la literatura a sus directrices políticas. La hipótesis arranca de la definición de la melancolía de Sigmund Freud. La melancolía es un estado mental por el que se añora la pérdida de un objeto que nunca se ha poseído. En el caso de los nacionalistas, éstos parten de la premisa de que se debe crear una nación, un estado, aún en casos donde dicho estado-nación no ha existido nunca. El nacionalismo vasco es un vivo ejemplo; la nación no preexiste al nacionalismo, sino que es un programa nacionalista fundado sobre un concepto melancólico que aspira a recuperar algo inexistente. Juaristi postula que las directrices del nacionalismo vasco se rigen por una historia superficial y manipulada que no coincide con la historia oficial, y que los nacionalistas descalifican cualquier argumento en contra tildándolo de “nacionalista español”. El ensayista se denomina un vasco disidente, y de esa forma intenta autorizar su discurso ante las críticas de los sectores nacionalistas vascos.

Desde el principio descarta las supuestas similitudes entre el nacionalismo vasco y el irlandés; dos circunstancias históricas distintas, que los nacionalistas vascos han manipulado según sus intereses. La lectura enumera los nombres de las supuestas figuras responsables de la creación del nacionalismo vasco, y los recursos utilizados. El primero es Joseph-Agustín Chaho (1818-1858), escritor vascofrancés, y fundador de los estudios folclóricos vascos. A él se debe que en su proyecto para crear un País Vasco turístico, se exaltase sólo la diferencia lingüística y se minimizara la folclórica entre éstos y sus vecinos. Fue Chaho, el que estableció los cimientos del mito de un lenguaje vasco arcaizante y misterioso. En el siglo XX, nombres como Miguel de Unamuno y Sabino Arana Goiri, defendiendo distintos planteamientos, contribuirán al sentimiento nacionalista. Unamuno, un nostálgico pero no un nacionalista, criticó el euskera como idioma primitivo y poco flexible, y predijo su extinción. Para él existían las naciones históricas y bajo ellas sus ancestros, los pueblos intrahistóricos, los ancestros originales. Por lo tanto, la raza vasca deberá formar parte del sustrato y será despojada de su historicidad. Por su parte, Arana, hombre sumamente político y el fundador del Partido Nacionalista Vasco, discrepa con Unamuno, ya que su proyecto aspira a convertir a la raza vasca en la raza y la nación histórica. Ambos, Unamuno y Arana, aprendieron el euskera por cuestiones patrióticas y lo consideraron un idioma oral. Pero mientras que el primero descartó abiertamente el euskera como idioma para satisfacer las exigencias de la sociedad industrial moderna, el segundo, lo adaptó a las necesidades modernas. De ahí, la creación de vocabulario con un matiz nacionalista como: Euskadi, patria vasca; lehendakari, líder vasco etc. Ante la carencia de textos y libros de gramática en la época, cabe destacar un libro leído por los dos: **Peru Abarca** de Juan Antonio Moguel. La historia consiste en un híbrido entre diálogo y novela, donde se cuentan los

enfrentamientos entre un aldeano rústico, Peru, que representa el ingenio del pueblo y el barbero de una villa, Maisu Juan, la figura urbana. Peru, utilizando un euskera artificioso y canónico, es siempre el vencedor en sus enfrentamientos dialécticos.

Unamuno y Arana reaccionaron de forma opuesta a la lectura. A Unamuno le llamo la atención el uso de términos de origen románico para designar elementos de la cultura material compleja. Posteriormente, manifestaría que los términos en euskera utilizados para describir la vida espiritual son también romanismos. Por su parte Arana, admiró el purismo lingüístico de Moguel y criticó la postura unamuniana. Para Arana el euskera es imprescindible como metáfora de la raza, y esencialmente como instrumento de consolidación del elemento intrahistórico. Gradualmente, el neoeuskera de Arana relegó la antigua literatura vasca, convirtiéndola en vulgar y poco relevante. En su misión nacionalista, Arana creó una onomástica exitosa que fue prohibida por la Iglesia. Observa el ensayista que la función de la Iglesia queda confinada al programa nacionalista pero las tensiones son constantes. Tras la Primera Guerra Mundial, aumentan los movimientos nacionalistas en Europa, y en el País Vasco a pesar de su ensimismamiento, los nacionalistas deben aceptar la situación del trabajador inmigrante oprimido. La gran debilidad del nacionalismo vasco es que, a diferencia del irlandés, carece de una clase burguesa nacionalista; la suya es una clase burguesa capitalista. No hay una clase que preserve el euskera. En estas circunstancias, en 1936, estalló la Guerra Civil, y los nacionalistas vascos se dividieron en dos frentes: los que deseaban luchar contra los insurgentes y los que favorecían esperar hasta el final y pedir la autonomía. La publicación de revistas quedó interrumpida. Ya durante la República, algunos nacionalistas habían empezado a promocionar la lengua y la literatura al margen de la Academia, y crearon el movimiento Euskaltzaleak (vascófilos). Posteriormente, el gobierno franquista permitió una pequeña ayuda a la Academia de la Lengua Vasca, lo suficiente para pagar el alquiler del piso donde estaba situada. Más aún, durante el gobierno franquista surgió el movimiento Olerkariak (los poetas). Los Olerkariak se mantuvieron ajenos a los temas políticos, pero debido a su purismo y nivel literario, no llegaron a las bases. De ambos grupos, los poetas y la Academia, surgió en la década de los 1950 un nuevo nacionalismo cultural. Uno de los nacionalistas más políticos fue Federico Krutwig Sagredo, talentoso joven de origen alemán, que aprendió el euskera. Krutwig escribió en 1964 **Vasconia. Estudio dialéctico de una nacionalidad**. El texto argumentaba que la creación del país requería una etnia y su voluntad de formar la nación. No obstante, su proyecto era demasiado totalitario y excluyente, porque consideraba esencial el conocer la lengua y la mayoría de la comunidad nacionalista carecía de ese rasgo esencial. Juaristi, condena el proyecto de

nación de Krutwig, porque como ya había ocurrido con Arana, éste se confunde con él, él es la nación. El autor se refiere a otros nacionalistas puntualizando sus deficiencias como es el caso de Jean Mirande Ayphasoro, creador del mito de la Gran Vasconia, a quien tacha de racista. También nombra a Txillagerdi, famoso escritor y lingüista, quien propuso el nombre ETA para la organización armada. Según Juaristi, a pesar de sus escritos conciliatorios entre trabajadores inmigrantes y nacionalistas, Txillagerdi es un hipócrita porque no ofrece ningún derecho individual ni colectivo a los primeros. Por último, el ensayo engloba a Xabier Arzalluz, actual presidente del Partido Nacionalista Vasco (PNV). Éste, hijo de un franquista, y antiguo seminarista jesuita, es un nacionalista étnico. En su búsqueda por la patria perdida, Arzalluz traslada la idea de los carlistas victimizados al pueblo vasco oprimido por España. Una España opresora que envía a los inmigrantes intencionadamente para forzar una rápida asimilación imponiendo el español como lenguaje. El ensayista matiza español sobre castellano, ya que no tienen el mismo significado. Arzalluz representa el modelo del vasco idóneo, supuestamente incluye todo: los apellidos, la lengua y la conciencia nacional. Juaristi advierte que el peligro recae en su tono racista, y afirma que le divierte Arzalluz por sus dotes de fabulador, y enumera unas declaraciones falsas vertidas por el presidente del PNV sobre su persona. Recalca que Arzalluz es un racista que rara vez utiliza el lema como retórica.

En tal ambiente melancólico, que ha logrado transmitirse generación tras generación, en la década de los años 60, Gabriel Aresti, poeta comunista, y otros escritores lingüistas iniciaron el proceso para unificar el euskera, fragmentado en dialectos, sobre la base de la literatura vasca clásica. Se encontraron con la oposición desde la revista **Enbor** (tronco), publicada en castellano y **Agur** (adiós) en euskera, una variante del vizcaíno. La Iglesia se dividió ante la cuestión, los franciscanos lo apoyaban, y desde el santuario de Aranzazu se empezó a publicar la revista **Jakin** (saber). La revista examinaba las corrientes del pensamiento modernos desde una perspectiva cristiana y progresista. En 1968, el santuario celebró el congreso de la Academia y optó por la unificación del euskera, cerrando el ciclo de los dialectos en euskera.

En su obra, Juaristi propone que el nacionalismo vasco ha sido forjado por una serie de individuos que han elaborado y distorsionado el lenguaje a su gusto. En un principio fue para denotar su diferencia con etnias vecinas, pero gradualmente se ha convertido en un elemento necesario para establecer y exaltar la etnia vasca y su programa nacionalista. Arana, impulsor del movimiento nacionalista vasco, no dudó en producir un neoeuskera para implementar el programa de su partido político. Evaluando el esencial papel de la literatura en la formación del nacionalismo vasco, el ensayista confiesa un pequeño incidente con Aresti, poeta admirado por él. En cierta ocasión,

Aresti propusó escribir una edición de los pensamientos de Arana, similar al libro rojo de Mao, a lo que Juaristi se opuso por no considerar a Arana como progresista. Dicha reacción provocó la siguiente respuesta: “Más reaccionario era Martí –replicó Gabriel-, y Castro lo ha convertido en un leninista” (358-9). El ejemplo denota el carácter ecléctico de la literatura, dúctil a las ideologías políticas. En su ensayo, Juaristi examina los planteamientos que diferentes personajes nacionalistas han subrayado de acuerdo con sus ideas, bien la raza, la lengua o la conciencia nacionalista, y los critica severamente porque su meta ha sido y es lograr a cualquier precio lo que nunca ha existido, un País Vasco independiente.

Jaione Markaida
University of Cincinnati